

CARRALLERA, ALFREDO

"LOS CUERPOS FRAGMENTADOS;
LA INTERVENCIÓN EN LO
SOCIAL EN LOS ESCENARIOS DE
LA EXCLUSIÓN Y EL DESENCANTO"

PAIDOS

BS. AIRES, 2008

112 PÁGS

ISBN 978-950-12-4550-9

CAPÍTULO 3

Los escenarios de la intervención.

Una mirada metodológica

Las cartografías sociales y el territorio de la intervención

La intervención en lo social tiene un ámbito espacial que va siendo definido según la singularidad de cada circunstancia, problema o demanda a partir de los cuales se construye. Ese espacio, lugar en que la intervención se desarrolla, toma la forma de "escenario". Los escenarios se hallan dentro de diferentes territorios que los contienen y son atravesados por disímiles formas de inscripción de los problemas sociales que, en tanto marcas objetivas y subjetivas de éstos, pueden ser analizadas desde diferentes expresiones de las "cartografías sociales".

En el proceso de intervención se construyen diversos diálogos entre cartografías, escenario y territorio, que derivan en formas diversas de producción de subjetividades. La subjetividad, así entendida, se construye y deconstruye en un movimiento que se expresa en el propio devenir de la cultura, de la cotidianidad, de una compleja trama móvil de significaciones, signada, en este caso, por la noción de problema social que, en defi-

nitiva, convoca a la intervención. Ese movimiento, como proceso, es observable en la relación entre territorio y escenario, tanto desde la vida cotidiana, como en las narraciones que se generan en los espacios de intervención, y en las diferentes formas en que los actores sociales se expresan dentro de canales formales e informales.

Por otra parte, la intervención, al ser ella misma una productora de subjetividad, aporta construcciones discursivas, formas de comprender y explicar según una direccionalidad definida y organizada. Es decir, la intervención designa, nombra, califica y, de hecho, le da una forma definida a las cuestiones sobre las cuales actúa, dentro de un "orden", una lógica precisa que se va construyendo a través de diferentes formas de relación con el otro, el contexto, el escenario, el territorio y las cartografías sociales. Esta dirección y orden serán diferentes según los marcos teórico conceptuales que se utilicen, los postulados ideológicos y las influencias de la época de quien interviene.

La noción de cartografía permite mostrar los diferentes recorridos temáticos o argumentales que atraviesan los territorios de la intervención, entendiéndolos como continentes de sus distintos escenarios. Por ejemplo, es posible trazar una cartografía del "conflicto con la ley" como demanda de intervención en diversos aspectos como el análisis de sus formas iniciáticas, rituales, procesos de estigmatización, inscripciones en el cuerpo, marcas institucionales, experiencias, pedidos de ayuda, vulneración de derechos y conformación de códigos. Otro ejemplo de la aplicación de esta noción en el campo de la drogadicción es: "El trazado de una cartografía del consumo de sustancias es: inicio, ritos de consumo, desencadenante de pedidos de asistencia, experiencias de tratamiento, etcétera" (Bataglia, Raiden, 2008).

En definitiva, la cartografía social da cuenta de una posibilidad de acceso: desde la producción de subjetividad dentro de un territorio definido hasta la expresión singular de ésta en el escenario de la intervención. También la cartografía es la representación de un mapa de los elementos imaginarios y simbólicos de la ciudad, un mapa orientado, en definitiva, hacia las áreas temáticas que se construyen en la demanda de intervención. Ese mapa se escribe en un territorio.

El territorio, especialmente a partir de la modernidad, es la ciudad, lo que ella representa, lo que la constituye desde su construcción imaginaria, sus paisajes, edificaciones, los usos sociales de éstos y el contenido simbólico de sus instituciones. El territorio es, entonces, el espacio habitado, donde la historia dialoga con el presente y permite a partir de reminiscencias construir una idea de futuro o incertidumbre. Allí el territorio se transforma en un "lugar" delimitado por lo real, lo imaginario y lo simbólico. Esa delimitación marca los bordes que encierran al territorio en sí mismo; pero, como tales, esas orillas están en constante movimiento.

Los límites del territorio tienen un importante componente subjetivo ya que son, en definitiva, inscripciones de la cultura y la historia, y se entrelazan estrechamente con la biografía de cada habitante de la ciudad. En los límites es donde comienza a construirse la relación entre territorio e identidad en la esfera de cada sujeto.

En el campo de la intervención conviven dos formas de definir y delimitar los territorios. La primera se expresa en mapas oficiales, catastros, áreas programáticas, nomenclaturas. La segunda forma de construcción del territorio y sus márgenes es partiendo de las propias simbolizaciones de sus habitantes. Así, el territorio y el escenario de intervención son definidos, en parte, por la

palabra, el discurso, la nominación que ese "otro" hace del lugar y sus componentes. En esa definición también se introduce el paisaje y sus significaciones como elementos extradiscursivos. De este modo, la mirada junto con la palabra ratifican la pertenencia, promueven asociaciones y formas del lenguaje en las que el territorio "habla" para convertirse en texto.

En otras palabras, la ciudad, en tanto territorio, se constituye como una compleja trama simbólica en permanente movimiento y construcción de subjetividad. La ciudad, al igual que el barrio como escenario, son textos para ser leídos, escrituras que hablan de las construcciones simbólicas de quienes los habitan, de cómo se construye el sentido de la vida cotidiana desde la cimentación de significados hasta la resolución de problemas prácticos. La intervención puede dar cuenta de esas cuestiones desde diferentes ángulos. Por ejemplo, en el desarrollo de entrevistas domiciliarias, las viviendas funcionan como textos que pueden ser leídos y develados, "hablan" de las características de sus habitantes, de cómo construyen y confieren sentido a su cotidianidad. El lugar simbólico que ocupa cada habitante de la vivienda se expresa en ese discurso que se muestra en un lenguaje propio y singular. De la misma manera, el barrio donde se ubica esa vivienda exhibe su propio carácter discursivo a través de las construcciones, las características de las casas, la fisonomía de las calles. Una institución barrial puede, en su arquitectura, hablar acerca de su historia, de sus particulares, hasta, incluso, de las formas de organización de las que es un emergente.

Estas diferentes tramas simbólicas no son estáticas, sino que están en movimiento; a veces, éste se torna expansivo; otras, en procesos de retracción. Los escenarios también cambian sus significados a partir de los

acontecimientos que los atraviesan. Lo empírico y lo imaginario, al encontrarse, generan una serie de intersticios donde a veces el orden empírico influye sobre el imaginario o viceversa. De este modo se crean espacios, grietas de significación que pueden ser comprendidas y explicadas, aportando de esa forma más elementos de análisis al proceso de la intervención en lo social.

El territorio, espacio de contención de los intensamente cambiantes escenarios sociales, puede presentarse en forma heterogénea, con distintas lógicas y, por eso, requerir diferentes formas de comprensión y explicación de los problemas sociales. Se trata de escenarios, al fin, habitados por grupos sociales disímiles en espacios donde la fragmentación vincular y la pérdida de lazo social generan e inscriben en las historias sociales diferentes formas de padecimiento.

Éstas amplían, en la práctica, la noción de cuestión social; así, la aproximación a lo subjetivo permite conocer con mayor profundidad los problemas sociales sobre los que se interviene, incorporando de esta forma más instrumentos de análisis y conocimiento. De ahí que la intervención comunitaria se aproxima a la noción de espacios microsociales y también a la de escenario de intervención. Estas nociones hacen posible comprender y explicar las diferentes expresiones de la cuestión social abarcando distintos ángulos, perspectivas y visiones.

La noción de cartografía social como instrumento conceptual de la intervención en lo social aporta una serie de posibilidades de profundización de la mirada, que van desde los recorridos temáticos dentro de los territorios a partir de la subjetividad de los actores, hasta la elaboración de inscripciones concretas de su padecimiento en ellos, con la connotación que genera una dimensión geográfica determinada. Las "cartografías del dolor" muestran más posibilidades de acceso al

padecimiento en su expresión singular y heterogénea, construyendo nuevos puentes de acceso al actor que se presenta como "sujeto inesperado" demandando intervención de diferentes esferas.

Estas circunstancias, que hoy son consideradas como novedosas, se van haciendo visibles, demuestran la necesaria elaboración de estrategias de intervención desde prácticas, programas y políticas sociales, que tengan en cuenta la noción de cartografía. Esto tal vez le otorgue una mayor posibilidad de hacer, de transformar, ahora, desde la propia esfera del sujeto, desde ese otro a partir de su singularidad.

La noción de escenario de intervención

Los escenarios de intervención en lo social pueden ser entendidos como espacios escénicos cuya conformación trasciende límites predeterminados y generan diversas situaciones de diálogo entre territorio y contexto. El escenario de intervención, desde esta perspectiva, contiene, en principio, una conjugación de diferentes elementos que se expresan en él: implica la existencia de un texto, de una narrativa que deviene históricamente, y les confiere determinados mandatos y papeles a los actores.

El texto proporciona las palabras y significaciones que expresan la subjetividad de los actores, señalan los lugares en los que actúan y se mueven. También: "El escenario de ésta, muchas veces, se presenta como un territorio donde diferentes formas de saber pujan para apropiarse de espacios del mismo, utilizando las armas que poseen para lograr su cometido" (Carballada, 2007a). De esta manera, la palabra es uno de los primeros factores de creación de la trama escénica, tanto en el telón como en la explicación que el otro da como causas de la escena.

Dentro del proceso de intervención, desde un abordaje familiar o institucional, la escena se construye según las diversas tramas que plantean los actores. De este modo, es posible pensar la existencia de guiones preestablecidos, de historias que se repiten en contextos diferentes, atravesados por nuevas significaciones. Una entrevista a una familia, en el marco de una institución de salud, puede ser observada como una escena en la que quienes intervienen y quienes demandan la intervención juegan papeles preestablecidos tanto en la presentación del problema como en las posibles respuestas.

La utilización de la dimensión teatral como instrumento de análisis de la intervención puede aportar nuevas formas de accesos a la singularidad y al padecimiento, especialmente en el contexto actual, en el que lo imprevisible atraviesa todo el proceso de intervención. Por eso, las preguntas o respuestas inesperadas alteran los guiones preestablecidos, escritos en la historicidad de las partes, y les confiere identidad, pertenencia y, especialmente, sentido. En otras palabras, las narrativas que se escuchan en los procesos de intervención están tamizadas por la historia previa de quien demanda y de quien interviene. Las circunstancias ocurridas en las últimas décadas generan situaciones de "azoramiento" frente a situaciones y papeles imprevistos que generan dificultades para comprender y explicar aquello que se demanda como acontecimiento. La palabra "teatro" viene del griego *theatrón*, que significa lugar para contemplar, espacio de representación de historias frente a una audiencia. Esa representación utiliza diversos lenguajes; se expresa a través de la palabra, el cuerpo, la vestimenta, la propia escenografía.

Los escenarios actuales muestran representaciones y escenas que son muchas veces inesperadas. Desde la perspectiva moderna de la intervención, ahora la escena

está montada para audiencias y miradas expertas, es decir, se cierra o retrae hacia esa forma de presentación, lo que implica un nuevo plano de complejidad. Las palabras y las escenas que se describen se adaptan a las necesidades de la mirada experta; se relata en un lenguaje que exige ser comprendido para ser escuchado por ese otro que posee el saber, aunque la realidad está atravesada por influencias contextuales, históricas e ideológicas y por las características de la misma. Esta es mediada por una forma de expresión que se acomoda al espacio, al escenario de la intervención, para que pueda ser comprendida y justificada por quien exhibe el poder de intervenir sobre el problema que se presenta. De allí la importancia de reconocer la presencia de estos factores como condicionantes de la intervención. Este reconocimiento se hace más accesible en la utilización de la noción de escenario de intervención.

Es decir que se interviene, muchas veces, en el olvido de que existe un "detrás de la escena" que, no por ser invisible deja de condicionarla y construirla. La intervención, en este aspecto, se presenta como un mecanismo que hace ver aquello que está por detrás, más allá de su "telón de fondo".

En el campo de la intervención estas cuestiones se expresan de diferente manera. E. Goffman, las denomina "cultura de presentación",¹ manifestando que existe un lenguaje teatral que genera diferentes formas de interacción. Ese lenguaje, que puede anclarse en la escena, es útil como instrumento de análisis en dos aspectos: por un lado, en el conocimiento de la profundidad de esa escena y, por otro, en lo que hay detrás de ella. Por otra parte, en estos nuevos escenarios de intervención uno de los primeros problemas que aparece es la difi-

cultad de los actores para cumplir con sus papeles, tal vez, por la desconexión con la historia, con lo colectivo, con los otros, como producto de relaciones y conexiones que las últimas décadas deconstruyeron. Por ejemplo, un padre que tiene inconvenientes para cumplir con su papel, por razones que le son ajenas pero que lo atraviesan desde el contexto, altera la trama, el guión y la escena familiar. Esas circunstancias, si bien "externas", impactan en su situación, lo construyen como sujeto frente a sí mismo y los otros. Y también atraviesan a la intervención; expresan, a veces formas ahogadas de la desesperación, de la desesperanza, que están allí, detrás de las demandas clásicas.

Tal dificultad de orden social y contextual para acceder y poner en práctica diferentes guiones que se presentan como mandato histórico social en su desarrollo, implica y construye una serie de cuestiones que se edifican desde el padecimiento subjetivo. Desde allí dialogan estrechamente con las problemáticas sociales complejas, y profundizan de esta forma una relación más imbricada e intensa con el contexto.

También, el escenario de la intervención puede ser entendido como el espacio microsocioal donde ésta se construye y desarrolla. Así, el análisis de todos los elementos de la escena apunta a discernir de manera sistemática sus diferentes dispositivos, especialmente a partir de sus significaciones.

Aquí surge la noción de elementos escénicos, que permite atribuir a cada componente de la escena de la intervención esa característica de modo de hacer posible un análisis más pormenorizado de cada uno de ellos. Por ejemplo, en una intervención grupal vinculada con violencia doméstica, cada atributo visible puede ser entendido como un elemento escénico. Entonces, es posible conocer en profundidad, desde la posición de cada uno

1. Se toma el concepto de cultura de presentación de Goffman (1993).

de los integrantes durante el transcurso de la dinámica grupal, su lenguaje corporal, su vestimenta, el lugar donde se realiza, la posición del coordinador y las escenas que cada miembro del grupo aporta al desarrollo de la intervención. Cada puesta en escena, en tanto construcción de una trama narrativa y discursiva, posee sus propias características, en este caso, signadas por las diferentes expresiones de la cuestión social en un diálogo entre escenario y contexto. También pueden considerarse elementos escénicos las representaciones sociales del problema sobre el que se está interviniendo, y que atraviesan las escenas que cada integrante del grupo aporta.

En otras circunstancias, también es posible pensar los elementos escénicos en el espacio de la intervención a través de las representaciones sociales. Por ejemplo, si alguien demanda un tratamiento en el campo de las adicciones, el impacto de la representación social del tema en la esfera de ese mismo sujeto es también un elemento escénico en el que también se pone en juego la cartografía social del problema que se está abordando.

Los elementos escénicos en el escenario de la intervención, por otra parte, se vinculan con las políticas sociales relacionadas con el tema desde el que se está demandando. En este punto, las formas de la política social, su horizonte y sentido son un componente clave de la escena, a tal punto que la condicionan y direccionan.

Otro punto que se debe analizar como elemento escénico es la "cultura" de presentación (tanto del sujeto como de quienes intervienen), la "presentación institucional",² las posibilidades de resolución en tanto

2. Se entiende por presentación institucional a la forma en que las instituciones, prácticas, profesiones se perciben a sí mismas y son percibidas desde la sociedad.

trama de diferentes inscripciones relacionadas con distintas formas de intervención y realizadas, esperadas, tanto por el sujeto como por las instituciones. Pero el concepto de elementos escénicos también abarca al espacio en sí mismo, los objetos, el mobiliario, la arquitectura, el diseño, sea un consultorio, una vivienda o un espacio barrial (Carballeda, 2007a).

A su vez, el concepto de composición escénica puede aportar para el análisis de diferentes expresiones del escenario de intervención. Esta composición puede ser definida como "el conjunto de articulaciones inestables conformadas por los actores, los diferentes guiones, la escena en sí misma, su historicidad, en definitiva, su puesta en acto como presencia en la intervención en lo social" (Carballeda, 2007a).

La composición escénica sugiere una integración de tiempo y espacio en las diferentes contingencias de construcción subjetiva y colectiva del guión de cada actor en el escenario de intervención. En definitiva, se trata de las relaciones entre las diferentes narrativas, biografías e historias sociales, que se expresan de manera asistemática e intrincada en ese escenario. En síntesis, el escenario trasciende el espacio predeterminado de las instituciones o de los dispositivos de intervención, pero es asible en la medida en que se lo aborde desde una lógica analítica. De la misma manera que la física demostró que el espacio no es el continente de la materia ni del movimiento, sino que está formado por materia y movimiento, el escenario de la intervención está constituido por el contexto, la historia y la ideología que lo trasciende.

En ese escenario, quien interviene también construye mediaciones entre diferentes universos; la intervención es, en este aspecto, una escucha que intenta analizar y que busca comprender y explicar los diferentes relatos en forma parcialmente mediatizada a través de la

organización espacio-tiempo, construyendo un lugar polifónico donde diferentes voces se entrecruzan y dialogan, con lenguajes disímiles.

El texto y el desarrollo de las escenas son otros elementos que también dialogan y confieren significación a lo que se está observando y escuchando: una variedad de textos que se sitúan en el campo de la acción, en definitiva, de la actuación en el escenario.

En síntesis, los escenarios de la intervención en lo social se ubican en forma dinámica en diferentes territorios, donde lo que los constituye se expresa a través de las diversas formas de enunciados. Del mismo modo que el lenguaje construye esas realidades, esa organización de textos deviene en discursos por develar, que hablan de lo material y lo simbólico. Por otra parte, se inscriben en la singularidad de los actores sociales, construyendo y desarmando los guiones y papeles que representan.

Intervención, poder y saber. Su puesta en escena en la vida cotidiana

Para Michel Foucault, el punto de partida de su análisis de lo social son las prácticas y sus formas discursivas; la relación entre discurso e intervención se presenta como una serie de cuestiones a estudiar. Estas relaciones entre discurso e intervención proponen el surgimiento de un conjunto de prácticas, categorías de análisis y significaciones que confieren diferentes sentidos a la intervención, que ahora da cuenta de un conjunto de saberes que se construyen desde espacios variados y tienen una forma definida de aplicación. Las situaciones en las que se interviene son aquellas definidas como dificultosas, y por eso generan demanda, porque sus entornos son leí-

dos desde la posibilidad de poner en conflicto la propia cohesión de la sociedad o las circunstancias que muestran sus características más contradictorias.

Las nociones de cartografía social y de escenarios de intervención demuestran diversas posibilidades de abordaje asentadas en lo territorial y ratificadas a partir de la importancia del espacio como constructor de sentidos y significaciones. Lo social, si bien se encuentra en movimiento permanente, al ser vinculado con la intervención se ancla, se detiene, aunque sea metafóricamente, en un espacio: el territorio donde se construye su escenario.

Por otra parte, el interés por lo discursivo, desde la intervención, abarca desde la constitución de las prácticas hasta las significaciones de la vida cotidiana, y puede relacionarse con el funcionamiento de los procesos de singularización. En este aspecto, sobresale la importancia de la incorporación de categorías de análisis que faciliten las expresiones singulares como manifestaciones de lo "otro".

La jerarquía de los procesos de singularización se relaciona en parte con la búsqueda de la singularidad de los otros basada en las potencialidades y capacidades de cada uno de los sujetos sobre los cuales se interviene, desde su propia historia, su heterogeneidad, su particularidad. No se trata de cambiar una subjetividad por otra, sino de facilitar el devenir de la propia singularidad. En el proceso de producción de subjetividad surgen múltiples conexiones en tramas de relación que se proponen, expresan u ocultan, entre la multiplicidad y la unidad. En este aspecto nace el interés de la construcción de conexiones intersubjetivas, especialmente en su relación con la singularidad, la vida cotidiana, los escenarios, los territorios y las cartografías sociales.

El lugar de construcción y de acceso a esas relaciones intersubjetivas, atravesando de manera disímil el esce-

nario de intervención, es la vida cotidiana, entendida como espacio de construcción de sentidos, significaciones y simbolizaciones que pueden ser útiles para explicar las características subjetivas de ese "otro", en cómo edifica su mundo y con qué criterios explica lo que se considera problema social.

El concepto de vida cotidiana puede abordarse desde diferentes autores y formas de comprender y explicar la sociedad. Desde una perspectiva histórica, la noción de vida cotidiana encuentra sus vinculaciones más profundas en la sociología comprensiva de Max Weber, que se apoyaba, a su vez, en la noción de "vivencia significativa" desarrollada por Wilhem Dilthey.

Entre los muchos puntos de vista posibles, sobresalen aquellas concepciones de la vida cotidiana que se centran en una idea de sociedad atravesada por tramas discursivas.

Desde esta visión, la sociedad se construye a partir de discursos, y es por eso que lo social es considerado una forma de "habla", y es posible acceder a sus relaciones intersubjetivas. La vida cotidiana surge como un espacio, una serie de simbolizaciones que pueden ser vistas desde lo discursivo y construidas desde allí. Es, básicamente, el sitio de construcción de diferentes esferas de vivencia, desde donde surgen y se montan las significaciones. Lo cotidiano puede ser entendido, entonces, como un agregado permanente de experiencias; lo que se representa no sólo es producto del presente, sino que se expresa en la propia historicidad de ese sujeto.

Pero la noción de vivencia, en tanto construcción histórica y social, no solamente remite al pasado sino que también objetiva, analiza y comprende situaciones, circunstancias, "hechos" que acontecen entre sujetos en el presente. Esos actores pueden ampliar los márgenes

de su decisión o acción, o sea, su autonomía, convirtiéndose en sujetos creadores en la esfera de la acción.

Según Pierre Bordieu (1986), los hechos sociales son "cosas dichas" por sujetos, por seres hablantes. La cotidianidad, desde esta perspectiva, transcurre en la esfera del sujeto que la vivencia. Por ejemplo, la estructuración de la vida cotidiana de una persona que padece una situación de extrema pobreza está atravesada por circunstancias de diferentes órdenes. Se puede inferir que posiblemente esa persona se relacione con una serie de articulaciones de la noción de necesidad construidas a partir de la idea de supervivencia. Esta construcción implica una pauta subjetiva de la noción del sentido de la vida cotidiana. Así, la supervivencia es en algunos casos entendida como una "cultura", como una forma de comprender y explicar, que tiene características singulares que se expresan en la vida diaria, en la que sobresale como primera cuestión el padecimiento objetivo y subjetivo de esa persona. A su vez, en el devenir de las significaciones de su cotidianidad, la noción de cuerpo que tiene este sujeto, por ejemplo, si está ligada a la supervivencia como "cultura", va a ser diferente de otras representaciones que pueden observarse en la percepción de lo mórbido.

La desigualdad, el padecimiento, la vida cotidiana se inscriben en forma singular en su cuerpo, en su habla y en su mundo de significaciones. Lo mismo sucederá con las ideas de salud y enfermedad, que se registran en forma distinta y construyen explicaciones acordes con una cotidianidad organizada para sobrevivir. La enfermedad, en este caso, puede ser algo que trascienda la esfera del dolor y que se relacione estrechamente con la noción de supervivencia. En otras palabras, es posible que en este caso la demanda de intervención hacia el sistema de salud pase, más que por alertas del cuerpo, por la imposibilidad de sostenerse económicamente.

La intervención en lo social se entrecruza con la demanda que surge de esta circunstancia, pero también con la necesaria observación de sus significados, ya que, sin esa posibilidad, la intervención se queda sin conocer una parte sustantiva del problema sobre el cual pretende actuar dentro del escenario institucional.

Por otra parte, es posible reconocer cómo, en las diversas formas de vivencias de lo cotidiano, desde la subjetividad se conoce el mundo. La situación antes descrita, dentro de la esfera del sujeto, puede tender a naturalizarse hasta ser percibido como una "normalidad" de la realidad. Esa noción de normalidad se construye a partir de la recurrencia, de la repetición, y la situación de pobreza estructural, por su inscripción en el cuerpo y la percepción de lo mórbido, puede ser entendida como algo incuestionable o normal.

El acceso a lo cotidiano como recurrencia es otra posible vía de entrada a este universo. En la vida cotidiana, lo que se refrenda se torna hábito a partir de que el sujeto se encuentra en un mundo ya sabido. Se observa a sí mismo en él, y la repetición es lo previsible, lo seguro, aquello que termina construyendo su mundo con una noción de naturalidad. El padecimiento de esta manera tiende a volverse habitual, a formar parte de un entramado de sentidos que, incluso, puede otorgar cierta seguridad por la certeza de no estar aún peor. Estas circunstancias pueden observarse en situaciones de violencia doméstica, en donde el ejercicio de la violencia se puede convertir en un lenguaje que otorga significaciones diversas, pero que se introduce en la vida cotidiana como algo que está allí en forma inmodificable.

La intervención en lo social implica, en muchos aspectos, develar estas circunstancias, hacerlas visibles en la esfera de ese "otro", desnaturalizando los escenarios en los que se construye día a día el mundo de la vida.

La vida cotidiana es también aquello que transcurre, donde la repetición, como si fuera algo natural, puede no preguntar ni interpretar. Lo previsible construye a veces el formato de la naturalización, se forma parte de papeles, significaciones, que se reproducen dentro de la sociedad, pero en esta faceta de la vida cotidiana, lo social queda como apartado, invisible. Sencillamente, el actor social puede no verse a sí mismo en el escenario de la vida cotidiana y se "reifica" (Berger y Luckmann, 1968), y la cuestión puede ser incluida dentro de la pregunta que signa a la sociología del conocimiento: ¿Cómo es posible que los significados subjetivos se vuelvan facticidades objetivas?

La intervención en lo social puede intentar construir algunas respuestas desde el conocimiento en profundidad de la vivencia de ese otro en su vida cotidiana como expresión de padecimiento. La vida cotidiana es una realidad interpretable con significados subjetivos, a la cual se accede, tal vez, con mayor facilidad dentro del escenario de la intervención, que permite observar que la vida cotidiana se aprende como algo ya organizado, dentro de un orden que la precede. Pero, también, a través del lenguaje, los objetos se tornan significados que pueden ser develados. De allí que la vida cotidiana sea esencialmente la construcción de un mundo intersubjetivo, hablado, alimentado en forma constante a través del discurso.

Así el mundo cotidiano se estructura en un espacio-tiempo, singular, propio, heterogéneo y subjetivo. Pero este orden se consolida en la medida en que exista otro que lo ratifique, que lo sostenga por medio de la palabra, del hacer, de las simbolizaciones, de los sentidos otorgados a este espacio-tiempo. En esta interacción con el otro, lo que se construye puede ser entendido desde la elaboración de tipificaciones que ordenan o reafirman el sentido de la cotidianidad. En este espacio

es donde se construyen las significaciones que, al congregarse, se organizan en la esfera del lenguaje. Las diferentes visiones de la vida cotidiana plantean básicamente la idea de cómo se construye la realidad social. Para autores como Berger y Luckman, la vida cotidiana es producida a través de una serie de definiciones compartidas, en diálogo con lo que se establece como realidad, tanto desde lo objetivo como desde lo subjetivo. En el caso de Goffman, el planteo es el de una mirada social de la vida cotidiana, desde la interacción donde se construye el intercambio subjetivo, a lo que se suma al análisis institucional en el que se expresa el poder simbólico.

En este aspecto, la vida cotidiana también puede analizarse según los escenarios de intervención que construyen las instituciones. En ellos, la cotidianidad se expresa a partir de mandatos institucionales impuestos, normativizados, organizados desde determinadas lógicas que en muchos casos ratifican o construyen discursos estigmatizantes, como así también nuevas formas de identidad.

Desde la sociología crítica, también se agrega la dimensión del "deber" y su construcción en el escenario de la vida cotidiana, agregando una visión ideológica a la noción de espacio intersubjetivo. Por ejemplo, la vida cotidiana en una institución psiquiátrica puede ser útil para pensar diferentes formas de diálogo e integración de las definiciones de vida cotidiana desde la práctica. Allí lo cotidiano se transforma en un dispositivo en sí mismo, al formar parte de un orden, en este caso artificial, que confiere, establece y construye diferentes jerarquías que se organizan de acuerdo con los mandatos institucionales actuales e históricos.

La vida cotidiana dentro de una institución cerrada o total no se aleja mucho de la descrita por Goffman en el libro *Internados*. Las influencias contextuales, la crisis de sentido de instituciones y prácticas, serían lo nove-

doso en una primera observación. Incluso así, el carácter simbólico de la institución se mantiene y le otorga aún posibilidades de construcción de identidades atravesadas por estigmas, que remiten a la idea de "locura" que la sociedad tiene en ese contexto. Las marcas de los dispositivos de intervención que se utilizan muestran variaciones, pero continúan construyendo identidad al igual que otras instituciones cerradas.

De todas maneras, diferentes conceptos pueden ser resemiotizados a partir de repensar sus características desde la intervención. Así, por ejemplo, el concepto de "rehabilitación" puede ser entendido como una recuperación de habilidades y competencias en función del restablecimiento de lazos sociales. En este caso, la idea de intervención en una institución cerrada pone su horizonte en el afuera, en la preparación para enfrentar los complejos laberintos de la exclusión social sumados a la estigmatización que se construyó desde antes del ingreso a la institución. La idea de intervención orientada a fortalecer las formas de relación desde las potencialidades subjetivas muestra nuevas posibilidades de nuevos sentidos de la acción en este tipo de instituciones.

Esta modalidad de intervención, en tanto define un horizonte claro, se resignifica en el hacer de la propia práctica, que propone un horizonte que se vincula con la recuperación de autonomía, de individualización, en definitiva, de enriquecer y recobrar la propia singularidad, partiendo de un sujeto con historia y circunstancias sociales únicas. Es posible reorientar la intervención en salud mental desde esta perspectiva: "no se trata de hablar de personas con discapacidades, lo que se trata de rescatar no es lo que no tienen sino lo que tienen... Se pretende lograr el grado máximo de autonomía posible de cada individuo, potenciar al máximo sus habilidades y capacidades".

En el mismo sentido, también el cambio de horizonte de intervención da cuenta de la necesidad de revisar las formas del hacer: "La rehabilitación es un proceso que implica espacios de negociación, para la familia, para la comunidad que los rodea y para los servicios que se ocupan del paciente; la dinámica de la negociación es continua y no puede ser codificada definitivamente, pues los actores –y los poderes– en juego son muchos y se multiplican recíprocamente" (Sarraceno, 2003).

La intervención, según este punto de vista, da cuenta de la necesidad de búsqueda de nuevas formas de hacer que se conjuguen con los horizontes que se plantean desde diferentes marcos teóricos. La orientación hacia la búsqueda y recuperación de lo propio ratifica el camino a la singularización y muestra la posibilidad de resignificar conceptos y nociones ligados históricamente a formas restrictivas de singularidad y de búsqueda de cambio de subjetividades, como mandato fundacional moderno de las instituciones.